

Evaluación y Selectividad

La vida es una constante evaluación, una permanente selectividad en la que no siempre sobreviven los mejor dotados sino los que saben evolucionar. Una especie de neodarwinismo intelectual va dejando en la cuneta de la mediocridad a aquellos individuos que no han hecho los esfuerzos suficientes para adaptarse a las condiciones del ambiente donde se desarrollan. Se dirá, no sin razón, que para aceptar ese principio de competitividad, que lleva al éxito y a la realización personal sin limitarse a ser un dato en la estadística, o caer en la burocracia de la vulgaridad, o en la siniestra sima de la incompetencia, es preciso que se cumpla el principio de igualdad de oportunidades para que nadie parta con una ventaja que no deba a su capacidad y su esfuerzo. Pero, igualmente, debe admitirse que no resulta aceptable generalizar una igualdad en perjuicio de la voluntad y el talento. Quienes despotrican contra los procesos de evaluación y selección, quizás imbuidos por la dictadura del sentimiento, deberían propugnar una alternativa, no dándole un valor a lo que se siente, que es un retroceso atávico, sino a la evaluación de competencias y conocimientos que se adquieren como resultado irrefrenable de la evolución.